

De tal manera amó Dios al mundo - Juan 3:16-21

(Jn 3:16-21) *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios.”*

Introducción

En nuestro pasaje anterior consideramos la conversación que Jesús mantuvo con Nicodemo, un principal entre los judíos. Al terminar vimos que el Señor le dijo que era necesario que el Hijo del Hombre muriera en la cruz para que de esa manera los hombres pudieran nacer de nuevo.

Ahora comenzamos preguntándonos por qué razón querría el Hijo del Hombre ser colgado en un madero de la misma manera en que lo fue la serpiente en la antigüedad (**Jn 3:14**). Y a lo largo de los próximos versículos se nos revela que esta iniciativa surgió de Dios como resultado de su amor por este mundo. Esto queda hermosamente resumido en el versículo 16, que con toda razón ha llegado a ser el más famoso de todas las Escrituras y es conocido como “el evangelio en miniatura”.

(Jn 3:16) *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”*

“Porque de tal manera amó Dios al mundo”

Debemos observar cuidadosamente cada una de las expresiones que encontramos en este versículo, porque todas ellas contienen detalles de gran valor. Por ejemplo, cuando dice que *“de tal manera amó Dios al mundo”* debemos apreciar el énfasis que el evangelista hace en la grandeza y la clase de este amor. Él no puede ocultar su asombro cuando se va acercando a considerar el amor de Dios hacia este mundo hostil. Su admiración es similar a la que expresa en su primera carta cuando dice:

(1 Jn 3:1) *“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios...”*

Somos exhortados a considerar el grado tan infinito y la forma tan gloriosa en la que Dios nos ha amado. Esto nos ha de llevar necesariamente a adorarle con todo nuestro corazón.

Y también a recordar que si en alguna pobre medida nosotros amamos a Dios, debemos reconocer que esto se debe a que él nos amó a nosotros primero. Nunca olvidemos que es su amor el que hace posible el nuestro.

(1 Jn 4:10) *“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.”*

Otro detalle que debemos notar es que el objeto del amor de Dios fue el *“mundo”*. Esto subraya la grandeza de este amor, que es capaz de abrazar al mundo entero, es decir, a la totalidad de la raza humana.

No hay persona que quede fuera del alcance del amor de Dios por más bajo que haya caído. Es cierto que somos indignos de un amor así, pero Dios abre la puerta de la salvación a todos los hombres por igual. Este amor no hace distinción de personas; *“porque no hay acepción de personas para con Dios” (Ro 2:11)*. Toda la humanidad sin distinción está incluida en este amor. Por ejemplo Nicodemo no estaba más cerca por ser judío, ni los samaritanos o gentiles estaban más lejos por causa del pueblo al que pertenecían. Este amor de Dios ha derribado la pared de separación entre judíos y gentiles, de modo que todo el mundo tiene acceso por igual.

Por esta razón no podemos estar de acuerdo con algunos teólogos evangélicos que afirman que Dios sólo amó a un grupo de elegidos. La Biblia afirma que Dios amó *“al mundo”* y entregó a su Hijo para que todos los hombres pudieran ser salvos **(2 Co 5:19) (1 Ti 2:3-4) (1 Jn 2:2)**. Desgraciadamente, no todos se benefician de su muerte, sino sólo los que creen en él, pero potencialmente hay poder en él para la salvación de todos los hombres.

Tampoco podemos aceptar la teología católica que le atribuye a María un amor más tierno que el del mismo Hijo de Dios, llegando al punto de afirmar que es por sus súplicas y por la intercesión que ella realiza en virtud de su maternidad, que el Hijo y el Padre son movidos a compasión. Creemos que todo esto es un grave error, puesto que tal como estamos viendo en este pasaje, es de Dios de donde surge este amor hacia la humanidad perdida. No debemos olvidar que María era también una mujer pecadora, como el resto de la humanidad caída, y que necesitó del amor y la gracia de Dios para su salvación, algo que ella misma no tuvo ningún inconveniente en reconocer y que por supuesto agradeció **(Lc 1:46-48)**.

“Que ha dado a su Hijo unigénito”

El amor sólo puede ser conocido en base a las acciones que produce. El amor que sólo consiste en palabras, no es verdadero amor **(1 Jn 3:18)**. Pero aquí vemos que *“Dios amó”* y *“Dios dio”*.

La grandeza del amor de Dios se puede apreciar en que ha entregado lo más valioso que tenía, a su propio Hijo unigénito. El término *“unigénito”* subraya el carácter único de la relación eterna del Hijo con el Padre. Observemos que siempre que la Palabra habla de la relación entre el Padre y el Hijo lo hace en los mismos términos: **(Col 1:13)** *“Su amado Hijo”*, **(Ro 8:32)** *“Su propio Hijo”*, **(2 P 1:17)** *“Mi Hijo amado en el cual tengo complacencia”*, **(Mt 12:18)** *“Mi Amado, en quien se agrada mi alma”*, y aquí en **(Jn 3:16)** *“Su Hijo Unigénito”*. Dios solamente tenía un Hijo que llevara su perfecta semejanza, y fue precisamente a este Hijo unigénito con quien desde la eternidad mantenía una relación de amor y solaz a quien entregó por los pecadores. El Padre nos entregó lo que más quería, a su propio Hijo. Sin duda no puede existir un don más grande.

Abraham entendió bien lo que este amor significaba cuando Dios le pidió que sacrificara a Isaac, su único hijo:

(Gn 22:2) *“Y dijo: Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.”*

Debemos notar también que la salvación y la liberación de la condenación era algo que sólo el unigénito Hijo de Dios podía llevar a cabo. Esta es la razón por la que no servía el

hijo de Abraham y por lo que se le ordenó detenerse. Fue necesario que Dios mismo viniera a morir por los pecadores, ninguna otra vida tendría el valor suficiente para redimirnos de la muerte eterna. Así que Dios mismo se implicó personalmente en nuestra salvación.

Y por supuesto, no había dos voluntades diferentes; por un lado la del Padre y por otra la del Hijo. Como el apóstol Pablo también escribió, el Padre *“no escatimó ni a su propio Hijo, sino que entregó por todos nosotros” (Ro 8:32)*, pero por otro lado, *“Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros” (Ef 5:2)*.

Queda fuera de toda duda que se trata de un amor genuino porque sólo le impulsaba el interés hacia los otros, sin ningún pensamiento para sí mismo. Es un amor dispuesto a entregarlo todo por el bien de la persona amada, sin calcular el precio de lo que se entrega.

Y por último, Dios entregó a su Hijo amado para salvar a sus enemigos, aquellos hijos desobedientes que habíamos abandonado el hogar paterno en rebeldía y que con toda justicia merecíamos el castigo eterno. Por supuesto ningún hombre en esta tierra haría algo parecido por aquellos que le odian, pero Dios es diferente a todos nosotros.

(Ro 5:7-8) “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores Cristo murió por nosotros.”

Todo esto nos debe llevar a reflexionar sobre la gravedad del pecado de los hombres. Tanto es así que Dios tuvo que dar a su propio Hijo para salvarnos.

“Para que todo aquel que en él cree no se pierda”

El amor de Dios también se puede apreciar en la grandeza de su propósito: que ningún hombre se pierda eternamente, sino que tenga vida eterna.

Aunque el amor de Dios es tan inmensamente grande, no servirá de nada a aquellos que no creen en él. Esta verdad se subraya por tres veces en estos versículos: **(Jn 3:15, 16, 18)**. No debemos olvidar que esta corriente de vida no fluye automáticamente, sino que se pone a la disposición de todo aquel que cree, dejando todo esfuerzo propio, sin pretender mérito alguno, para descansar como un niño en el Hijo.

La única condición que Dios pone es la fe. Esto está suficientemente claro y explícito. Sin embargo, mucha gente no lo quiere tener en cuenta e insiste en añadir sus “buenas obras” y méritos personales. Pero todo esto no sirve de nada. Es un hecho que no merecemos la salvación, sino que se nos ofrece en virtud de la gracia divina como un favor no merecido.

Ahora bien, aunque el hombre no puede hacer lo que Dios ha hecho, esto es, proveer la salvación, al mismo tiempo Dios no puede hacer por el hombre lo que éste tiene que hacer por sí mismo, esto es, aceptar la salvación por la fe.

Debemos aclarar que esta fe que nos permite entrar a disfrutar plenamente del amor de Dios no tiene nada de meritorio. En ocasiones se ha comparado con la mano extendida del hombre que pide auxilio a Dios. ¡Qué mérito puede haber en reconocer nuestra necesidad y clamar pidiendo socorro!

En cualquier caso, el amor de Dios es tan grande y generoso que no se le impone a nadie por la fuerza o contra su voluntad. De esta manera, aquellos que rehusan creer se encierran en su propia condenación, mientras que los que depositan su fe en él tendrán la

vida eterna. Todos los hombres tienen ahora la posibilidad de elegir entre la vida y la muerte.

Ahora bien, esta muerte no significa simplemente el fin de la existencia física aquí en la tierra, ni tampoco la aniquilación del alma y el espíritu. La perdición de la que se habla aquí tiene que ver con la condenación divina, completa y eterna, de forma que el condenado quedará expulsado de la presencia del Dios de amor y morará eternamente separado de él. Y aunque en realidad este estado de perdición empieza ahora aquí, sin embargo, no alcanzará su completa y terrible culminación hasta el día de la gran consumación.

Pero Dios no desea que *“ninguno perezca sino que todos procedan al arrepentimiento”* (**2 P 3:9**). Por esta razón ha enviado a su Hijo al mundo para que por medio de la fe en él todo el mundo pueda tener abierta la puerta de la salvación. Dios no ha dejado a la humanidad abandonada, y no hay necesidad de que nadie perezca.

La promesa que se encierra en las palabras *“no perecerán”*, es inexplicablemente gloriosa. Significa desprenderse definitivamente del pecado y tener una buena conciencia sin caer ya nunca más bajo la ley que castiga el pecado.

Dios quiere que todos los hombres se salven y tengan *“vida eterna”*. La vida eterna sólo existe en Dios y en su Hijo. Puesto que el hombre es creado por Dios, su existencia depende de su relación con él. El hombre pecador que se separa de Dios se destruye a sí mismo. Su orgullo pecaminoso le hacen creer que puede vivir independientemente, y esto es lo que le lleva a la destrucción. Sólo en Dios está la vida.

(Jn 17:3) “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.”

Este tipo de vida que Dios promete a los que creen en él, es eterna porque nunca se termina, pero también será diferente en cuanto a la calidad de la vida que caracteriza a esta era presente. Sin lugar a dudas, no hay una posesión que se pueda igualar a ésta.

“Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenarlo”

Si Dios hubiese actuado como el hombre lo hace habitualmente, habría enviado a su Hijo para juzgar al mundo. Esto sería lo lógico viendo la forma en que las criaturas ofenden e ignoran a su Creador.

Pero el propósito de Dios al enviar a su Hijo al mundo no era conducir a los hombres al juicio sino a la salvación. El corazón de Dios está lleno de ternura para con el hombre, y ha ido hasta el último extremo para poder salvar a los hombres.

Sin embargo, el juicio es inevitable y es el hombre el que lo trae sobre sí cuando se niega a aceptar el regalo de Dios. De hecho, el Hijo ya ha recibido toda la autoridad para hacer juicio (**Jn 5:27**), aunque éste no fue el propósito de su primera venida, que tenía como objetivo dar su vida por los pecadores para que fueran salvados.

El apóstol Pablo resumió el propósito de la primera venida de Cristo con estas palabras:

(2 Ti 1:10) “...La aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio”

Nadie en este mundo podrá decir que ha sido juzgado sin haber sido previamente amado por Dios.

Todas estas afirmaciones que encontramos aquí chocaban con la opinión popular de los judíos de aquella época que creían que cuando el Mesías viniera condenaría a los paganos, castigando a todas las naciones que habían oprimido a Israel. Y por supuesto, ellos creían que serían automáticamente salvados por él por el hecho de ser judíos. Pero este exclusivismo fanático no era el designio salvador de Dios, que no limitaba su amor a Israel, sino que lo extendía a todo el mundo.

“El que no cree, ya ha sido condenado”

La fe en Cristo es la única manera en la que el pecador puede ser salvado de la condenación eterna. Esto es así porque él pagó la pena de los pecados de todos los que ponen su causa en sus manos. Por esta razón el creyente en Cristo no viene a juicio, porque de hecho ya ha sido juzgado y condenado, aunque ha sido Cristo quien ha pagado por él. Esta es la razón por la que el auténtico creyente puede tener la seguridad eterna de su salvación.

(Jn 5:24) “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.”

Y del mismo modo, el pecador que decide permanecer en incredulidad no tiene que esperar hasta el día de la consumación para recibir su sentencia. En aquel día sucederá algo muy importante: el veredicto será públicamente proclamado y la sentencia plenamente ejecutada (**Jn 5:25-29**). Pero la decisión en sí misma, que es la base de esta proclamación pública, tiene lugar en el tiempo presente. Por lo tanto, la condenación es un estado presente motivado por la negación del pecador a creer en Cristo, aunque Dios no deja de esperar a que el hombre se arrepienta y acepte la oferta del amor de Dios, pero en tanto que esto no ocurra, el hombre vive en un estado de condenación bajo la maldición y la ira de Dios, siendo como dice el apóstol Pablo, *“hijos de ira”* (**Ef 2:3**).

El hombre pecador ya está bajo la condenación de Dios. Su única esperanza es ser redimido por la gracia de Dios. Su rechazo de esa gracia sella su condición de condenación. Y por supuesto, todos los hombres sabemos en lo profundo de nuestro corazón que esto es efectivamente así, que estamos bajo la condenación y el juicio de Dios. La ley de Dios nos condena y nuestras propias conciencias se hacen eco de esta misma realidad.

Pero aunque todos los hombres están ya condenados y encarcelados, Dios ha intervenido para liberarnos del poder de la potestad de las tinieblas, y trasladarnos al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados (**Col 1:13-14**).

En la medida en que entendemos que esta es nuestra posición ante Dios, llegamos a apreciar mucho más su amor por salvarnos.

“Porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”

Muchos creen que sólo las personas que han sido especialmente pecadoras son las que se condenarán. Por esta razón muchos defienden vehemente su inocencia diciendo: “yo no he matado a nadie, no he robado ni tampoco he violado a ninguna mujer...”, creyendo falsamente que estos pecados, u otros similares, son los que finalmente pueden llevar al hombre a la condenación eterna.

Sin embargo, la Palabra de Dios nos dice que la única razón por la cual el hombre será condenado es por el pecado de incredulidad. Dios puede perdonar todos los demás pecados, pero no la incredulidad.

La razón es sencilla. Si creemos en Cristo, y por lo tanto en la obra de salvación que él realizó en la cruz a nuestro favor, todos nuestros pecados quedan pagados por él, pero si rechazamos creer en él, entonces nosotros mismos tendremos que pagar por ellos y sufriremos la condenación eterna.

Para entender mejor esta forma de hablar podemos poner un ejemplo: si se incendiara una casa, y una persona pereciera en las llamas, pese a que hubiera podido salvarse por hacer uso de la escalera de salvamento que los bomberos colocaron, se puede decir, con razón, que murió a causa del incendio. Pero con mayor razón se podría decir que murió porque no quiso valerse del medio de escape.

Los hombres se pierden porque son pecadores, pero son condenados porque no han creído en Cristo. Nuestro destino eterno está determinado por la actitud que adoptamos tocante al Hijo de Dios.

No hay duda de que Dios quiere que todos los hombres se salven y extiende su amor a todos ellos, pero debemos notar que en su soberanía él coloca las condiciones para recibir esta salvación, que no son otras que la fe en Cristo, algo que está al alcance de todos los hombres.

“Y esta es la condenación: Que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas”

Ahora en este versículo la figura cambia de la vida a la luz, y de la incredulidad a las tinieblas.

Se afirma que Jesús mismo es la única Luz moral y espiritual del mundo. Y con su venida a este mundo su luz ha resplandecido con toda claridad (**Jn 1:9**).

Por otro lado las “*tinieblas*” describen el estado espiritual en el que se encuentran los pecadores.

Lo trágico es que los hombres amaron las tinieblas del pecado y se rebelaron contra la Luz. De hecho, en lugar de responder al amor de Dios amando a su Hijo, la mayoría de los hombres amaron más el pecado y le rechazaron a él.

“Porque sus obras eran malas”

La razón por la que los hombres aman más las tinieblas no es porque sean ignorantes por no haber oído nunca el evangelio, sino más bien porque sus obras son malas y están apegados a su manera de vivir apartados de la voluntad de Dios. El mundo aborrece el evangelio del Señor Jesucristo porque le exige un cambio de vida.

Queda claro que una persona no es condenada por su ignorancia, sino por su rebeldía.

(Job 24:13) *“Ellos son los que, rebeldes a la luz, nunca conocieron sus caminos, ni estuvieron en sus veredas.”*

Por esta razón el hombre es el único responsable de su destino eterno. Dios ama a todos los hombres, y ha entregado a su propio Hijo para salvarlo del infierno, pero el hombre ha preferido la oscuridad y las tinieblas del pecado. No se trata de que Dios haya decretado

de antemano la reprobación de algunos hombres y por eso se pierden, sino porque ellos mismos han decidido no ir a Cristo en busca de salvación.

Paradójicamente, frente al amor de Dios por el hombre, brota la enemistad de éste hacia Dios. Podemos imaginar la tristeza con la que el Señor Jesucristo pronunció las siguientes palabras:

(Jn 5:40) *“Y no queréis venir a mí para que tengáis vida.”*

De hecho, *“todo aquel que hace lo malo aborrece la luz”*. Esto queda de manifiesto cuando hablan mal de Dios, ridiculizan a Cristo y a su Palabra. Lo hacen en conversaciones, revistas, libros, televisión, cine... siempre usando un tono pretencioso con el que intentan encubrir su ignorancia y maldad.

“No viene a la luz para que sus obras no sean reprendidas”

Todos sabemos que los malhechores buscan la oscuridad para no ser descubiertos. Y también que cuando estamos en la oscuridad no vemos las manchas que hay en nuestra vida, pero cuando nos acercamos a la luz inmediatamente se ponen de manifiesto. Por esta razón, cuando Jesús estuvo aquí en este mundo, los hombres pecadores se sintieron incómodos por su presencia, porque él revelaba la terrible condición de ellos en contraste con su santidad, y esta fue la causa por la que intentaron “apagar” esa luz. Y también es la causa por la que muchos reaccionan con odio cuando alguien les predica su Palabra.

Pero Cristo no sólo revela el mal poniéndolo en evidencia, sino que también reprende el pecado, algo que disgusta terriblemente al pecador. Porque si somos honestos, a ninguno de nosotros nos gusta que nos reprendan. Tal es así que cuando alguien nos muestra alguna de nuestras faltas, somos auténticos expertos en justificarnos, bien sea culpando a otros o negando la realidad, pero ¡cuán difícilmente aceptamos lo que hacemos mal! Esto fue tema de queja y de lamento de todos los profetas con el pueblo de Israel. El salmista expresaba así su queja: *“Generación contumaz y rebelde; generación que no dispuso su corazón, ni fue fiel para con Dios su espíritu” (Sal 78:8)*, y Jeremías dice de ellos: *“no quisieron recibir corrección; endurecieron sus rostros más que la piedra, no quisieron convertirse” (Jer 5:3)*, y Ezequiel afirma: *“hijos de duro rostros, y de empedernido corazón” (Ez 5:4)*. También Esteban, antes de que lo mataran, les reprendió duramente: *“¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros” (Hch 7:51)*.

Como no tenían intención de cambiar intentaron “acabar” con Cristo crucificándole. ¡No hay situación tan triste como la del enfermo que, no queriendo sanar de su enfermedad, se empeña en no darse cuenta de ella! Pero aun es más grave, cuando en su negación de la realidad, aun arremete contra el médico que le quiere sanar.

“Mas el que practica la verdad viene a la luz”

La gravedad de todo esto es que la humanidad en su ceguera niega su pecado aunque Cristo vino al mundo para perdonarlo. Incluso llegaron a acusarle a él de tener demonio **(Jn 7:20) (Jn 8:48,52)**.

Esto mismo fue lo que hicieron los contemporáneos del profeta Jeremías cuando escucharon sus amonestaciones por sus pecados y su llamamiento al arrepentimiento:

(Jer 5:23) *“Este pueblo tiene corazón falso y rebelde; se apartaron y se fueron.”*

Aunque quizá nuestra sociedad moderna se parece más al mundo gentil de aquel entonces, donde no se ocultaba el pecado, sino que sin ningún tipo de vergüenza ni pudor, el hombre se gloriaba en su impiedad:

(Ro 1:32) *“Quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican.”*

En contraste, el que *“practica la verdad”* es aquel que acepta la reprensión de sus pecados y acude a Dios con arrepentimiento. Estos son los que vienen a la luz y encuentran la salvación.

(1 Jn 1:8-10) *“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.”*

Además, el verdadero creyente desea que toda su conducta sea consecuente con la verdad que conoce y que ha sido revelada en Cristo. Esta es la razón por la que cada vez se acerca más a la Luz.

Su deseo es *“que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios”*. Por supuesto, esto no quiere decir que sean perfectas, sino sólo que son llevadas a cabo en la esfera y el poder de Dios. Por lo tanto, está dispuesto a que sus obras sean puestas ante la luz para ver si soportan la prueba o si por el contrario tiene que corregir algún tipo de conducta o creencia.

En este sentido, andar en la luz es tener al Señor Jesús como modelo en todo lo que hacemos. Podríamos decir que el verdadero creyente es como el girasol, que constantemente se gira en busca de la luz del sol.

Preguntas

1. Resuma las características del amor de Dios que hemos visto en esta lección.
2. En este pasaje hemos considerado varias parejas de términos contrastados: *“vida y muerte”*, *“salvación y condenación”*, *“luz y tinieblas”*. Explique cada uno de ellos y la relación que hay entre ellos.
3. Nuestro pasaje bíblico afirma que *“el que no cree, ya ha sido condenado”*. ¿Por qué dice que *“ya ha sido condenado”* en este tiempo presente? ¿Por qué sólo menciona el pecado de incredulidad como causa de condenación eterna? ¿No importan los demás pecados que el hombre haya cometido? ¿Y se puede tener en el presente seguridad de vida eterna también? Razone sus respuestas.
4. El universalismo es una doctrina que afirma que finalmente todos los hombres serán salvos. ¿Que aprendemos en este pasaje sobre esto? Cite otras partes de la Biblia para apoyar su contestación.
5. ¿Cuáles son las diferentes respuestas que el hombre da al amor de Dios? ¿Cuál es la razón por la que responden de esa forma?